

Papers de Benissa

Quaderns de Cultura Benissenca



UN BENISSERO ILUSTRE:
EL POETA ARABE IBN-AL-LABBANA

ابن اللبّانة

ابن عيسى

MARIA JESUS RUBIERA DE EPALZA



Papers de Benissa

BENISSA — NOVIEMBRE 1984 — NUMERO EXTRA



María Jesús Rubiera de Epalza.

Madrileña. Doctora en Filología Semítica. Premio Extraordinario de Licenciatura y de Doctorado por la Universidad Complutense de Madrid. Profesora titular de Filología Árabe en Madrid hasta el año 1982 y en Alicante a partir de esta fecha. Autora de diversos libros y artículos sobre la cultura y la literatura hispano-árabes.

EDITA: Comisión de Cultura del Ayuntamiento de Benissa.

DIBUJOS: Cayetano Bertomeu.

LITOGRAFIAS: Libros TIME.

IMPRIME: Gráficas Gironés
Plá dels Carrals, s/n. - Benissa.

Muhammad Ibn Isa Ibn Al-Labbana es uno de los mejores poetas de Al-Andalus y el primero, cronológicamente, que dió a la cultura hispano árabe la zona geográfica que más tarde se convertiría en el País Valenciano.

Ibn Al-Labbana nació en el reino taifa de Denia en el siglo XI y es conocido como deniense, pero hay que tener en cuenta que este efímero reino independiente de los Banu Mu'yâhid se extendía desde Gandía a Orihuela ocupando algo más que la actual provincia de Alicante. Su origen benissero viene indicado por su apellido Ibn al-Isa, Benissa, ya que Ibn Al-Labbana es un apodo. Parece indudable que pertenecía a la familia de los Benissa que dieron nombre a la alquería donde moraban. Esta circunstancia no viene determinada en las fuentes árabes, porque nunca aparecen como topónimos los lugares que tienen un antropónimo de esta naturaleza, de nombres propios de familia. Tenemos otro ejemplo: a un Ibn Magrel del s. XIII se le dice que es de Alicante, sin mencionarse la alquería de los Benimagrell que se encuentra en la huerta alicantina.

Muhammad ibn al-Isa procedía de Benissa lo mismo que los Banu Isa, los últimos señores de Játiva en el s. XIII y por las mismas razones; como los Banu Magrel procedían de Benimagrell y como los posibles Banu Qásim valencianos procederían de Benicásim de Castellón.

El apodo con el que es universalmente conocido, "Ibn Al-Labbana", le viene del oficio de su madre que era lechera-labbâna en árabe-, mujer que con su industria consiguió una posición económica suficiente para que sus hijos, nuestro poeta y un hermano suyo que se dedicó al comercio, pudiesen tener lo equivalente entre nosotros a estudios superiores.

Los jóvenes Benissa, tuvieron así la gran oportunidad de disfrutar del gran esplendor cultural del reino-taifa de Denia. Su fundador y yáhid, en cuya persona se unían las cualidades del ejercicio de las armas y las letras, había reunido en su reino a los más conspicuos intelectuales de su época, como Abu Umar, especialista en las lecturas del Alcorán, Ibn Sida de Mardia, lexicógrafo y gramático, etc. Una brillante generación de denienses surgirá de este ambiente cultural, de esta Florencia árabe del s. XI, como la he llamado en alguna ocasión, y brillará en la segunda mitad del siglo en las cortes musulmanas, no sólo de Al-Andalus, sino en Egipto o en Túnez.

Ahora bien, el protagonismo materno nos indica, dados los presupuestos de una sociedad musulmana, que el padre de los Benissa, había debido de morir en una edad temprana, dejando a su mujer las tareas de la jefatura familiar. Esta orfandad temprana de Ibn Al-Labbana, el hijo de la lechera, se reflejará siempre en la personalidad de nuestro poeta, si creemos en las teorías freudianas.

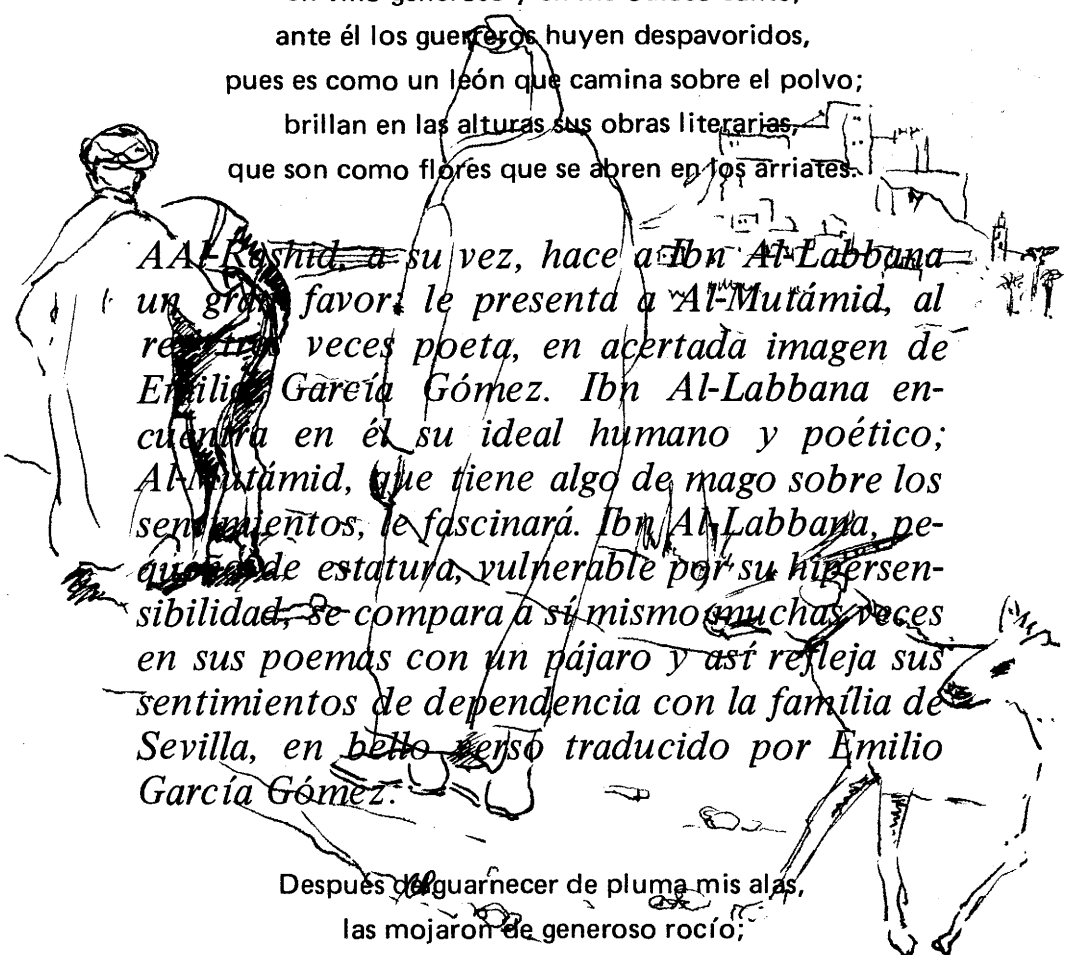
Ibn Al-Labbana buscará siempre la figura del padre en los grandes personajes con los que se topará en la vida, buscará más que a un mecenas, a un padre al que admirar. Hipersensible, siempre considerará que la infravaloran y sólo encontrará el padremecenas en el gran rey Al-Mutámid.

Cuando el reino de Denia termina en el año 1076, al ser anexionada la taifa por Al-muqtadir en Zaragoza, la mayor parte de los jóvenes literatos denienses emigran. Ibn Al-Labbana es uno de ellos. Recorre varios reinos de taifas con la mercancía de sus bellos poemas, buscando al mecenas adecuado. Pasa un tiempo en Badajoz, en la corte del rey Al-Mutamakil (1072-1094), pero abandona este reino, en busca de nuevos horizontes, siempre con la idea de que no aprecian como se merece su poesía.

La suerte le conduce a Córdoba, donde gobierna en nombre de su padre el rey Al-Mutámid de Sevilla, el príncipe Al-Rashid, poeta y músico, sensible y apasionado, como todos los miembros de esta familia real. Los dos poetas, el hijo de la lechera y el príncipe conectan enseguida a pesar de su diferente origen. Ibn Al-Labbana dedica a Al-Rashid un bellissimo poema:

Dispongo de la protección de las alas de la noche,
tengo como vehículo al fugaz relámpago,
voy en busca del lugar de donde mana el rocío

y encuentro lo que busco en las manos de Al-Rashid;
Hablé con él y hallé una piedra preciosa;
le miré y vi una estrella;
su lengua tiene un frescor que convierte sus palabras
en vino generoso y en melodioso cante;
ante él los guerreros huyen despavoridos,
pues es como un león que camina sobre el polvo;
brillan en las alturas sus obras literarias,
que son como flores que se abren en los arriates.

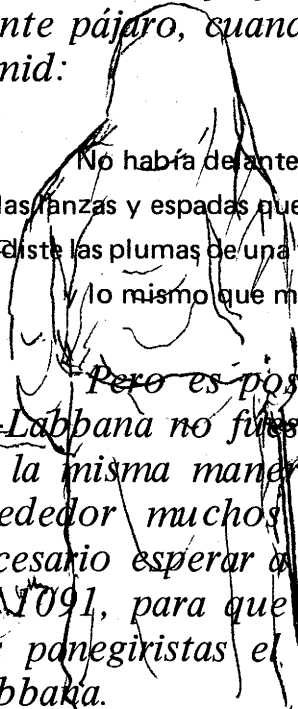


Al-Rashid, a su vez, hace a Ibn Al-Labbana un gran favor: le presenta a Al-Mutámid, al rey, un gran poeta, en acertada imagen de Emilio García Gómez. Ibn Al-Labbana encuentra en él su ideal humano y poético; Al-Mutámid, que tiene algo de mago sobre los sentimientos, le fascinará. Ibn Al-Labbana, pequeño de estatura, vulnerable por su hipersensibilidad, se compara a sí mismo muchas veces en sus poemas con un pájaro y así refleja sus sentimientos de dependencia con la familia de Sevilla, en bello verso traducido por Emilio García Gómez.

Después de guarnecer de pluma mis alas,
las mojaron de generoso rocío;
por eso no puedo volar de su tribu.

*El pardal ha anidado junto al ruiseñor
y su canto se transformará. Hay otros trinos
en la corte de los poetas, en Sevilla, pero el
canto de Ibn Al-Labbana será el más sincero.*

Ibn Al-Labbana acompaña a Al-Mutámid a la batalla de Sagrajas o Al-Zallaga contra Alfonso VI de Castilla. Mientras todos los reyes de taifas huyen- la batalla la salvan los almorávides- Al-Mutámid permanece en la línea, acompañado de unos pocos fieles. Entre ellos, nuestro pequeño poeta, que de nuevo se siente pájaro, cuando se lo recuerda a Al-Mutámid:



No había delante tuyo más que ~~mi~~ persona,
y las lanzas y espadas que se rompían contra las armaduras;
me diste las plumas de una flecha, dame ahora plumas de pájaro
y lo mismo que me he clavado, ahora cantaré

~~Pero es posible que el afecto de Ibn Al-Labbana no fuese correspondido por el rey de la misma manera. Al-Mutámid tenía a su alrededor muchos cortesanos & poetas. Es necesario esperar a que el rey sea destronado en 1091, para que descubra que entre todos sus panegiristas el único sincero es Ibn Al-Labbana.~~

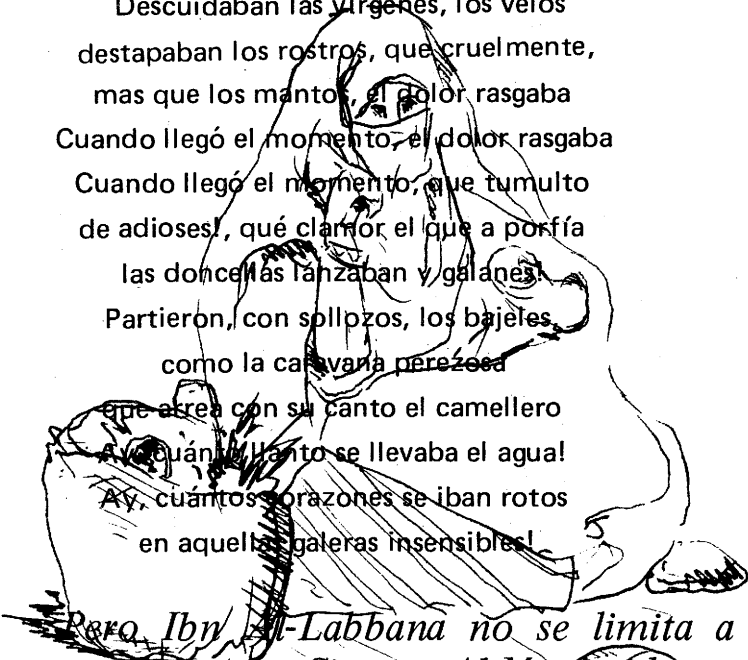
En efecto, los almorávides destronan, tras conquistar Sevilla, al rey Al-Mutámid; le cargan de cadenas y le conducen a Marruecos a Agm, un aduar del Atlas. Cuando es embarcado, Ibn Al-Labbana entona la más bella elegía de toda la poesía andalusí, magistralmente traducida por Emilio García Gómez:

Jamás olvidaré la amanecida
junto al Guadalquivir, cuando en las naves
estaban como muertos en sus fosas.

La gente se apretaba en las riberas
mirando aquellas perlas que flotaban
sobre los blancos lechos de la espuma

Descuidaban las vírgenes, los velos
destapaban los rostros, que cruelmente,
mas que los mantos, el dolor rasgaba
Cuando llegó el momento, el dolor rasgaba
Cuando llegó el momento, que tumulto
de adioses!, qué clamor el que a porfía
las doncellas lanzaban y galanes!
Partieron, con sollozos, los bajeles,
como la cañavara perezosa

que atrea con su canto el camellero
Ay, cuánto llanto se llevaba el agua!
Ay, cuántos corazones se iban rotos
en aquellas galeras insensibles!



*Pero, Ibn Al-Labbana no se limita a
entonar esta alegria. Sigue a Al Mutamid a su
destierro de Agmat. Allí le visita, encadenado;
le ofrece sus poemas, rechaza las monedas de
oro que el rey quiere entregarle, monedas es-
condidas entre sus harapos. Ibn Al-Labbana
recuerda esta visita:*

La tierra y sus habitantes se han perdido,
no son ahora sino desierto y claveras!
Dí al mundo vil que el arcano de las cosas elevadas,
se esconde ahora en Agmat!

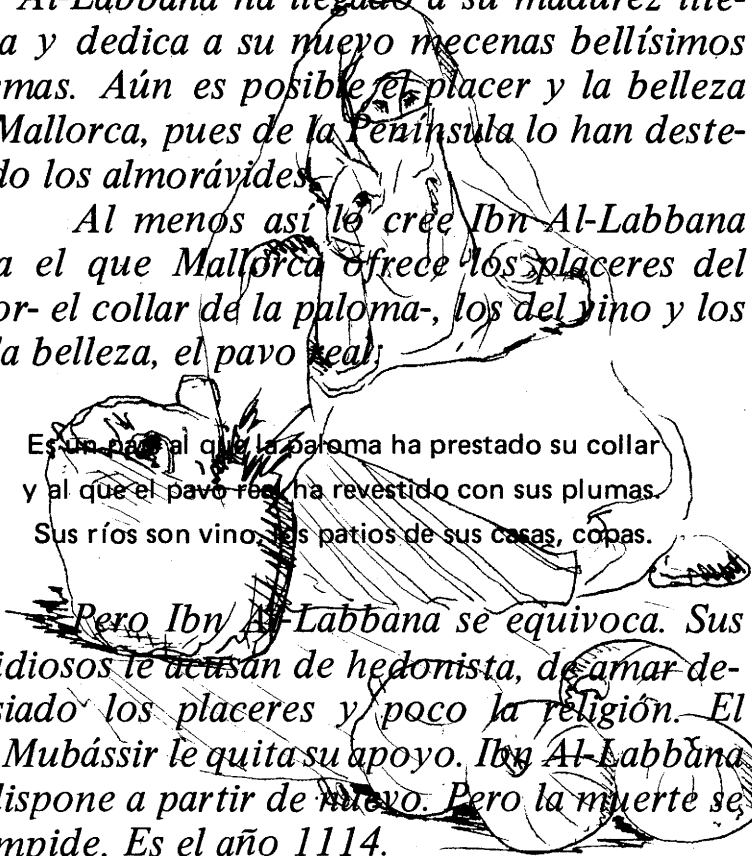
Desmontada fue su tienda, que no derribada,
aquella de los erguidos estandartes.
Vivía entre el valor y la generosidad;
sus flechas eran de indiano acero,
sus dádivas rebaños de cien camellos
Los dardos del destino le hirieron allí
donde no le cubría la armadura
Más, puedo olvidarlo todo menos,
los sinuosos gilletes que se le aferraban
¿Cómo olvidarla una serpiente en un jardín?
Al principio me equivoqué, al verlos a él, sujetas,
creí que su naturaleza era otra;
me dije: son dos perichos que se han mudado,
desde su cabeza a sus pies; las riendas de su caballo,
o la lanza que usaba en el torneo.

Al-Mutámia muere en su prisión e Ibn Al-Labbana se queda sin brújula; se marcha a Bugía, exilio africano de muchos andalusíes de las taifas. La congoja llena su corazón al ver la miseria de los hijos del rey de Almería, exilados en esta ciudad y en estado lamentable. Entonces vuelve a Al-Andalus, a Mallorca, donde aún reina un soberano independiente, un antiguo miembro del clan de fatas o servidores palaciegos de los Banu Mu'ayhid, porque las Baleares habían formado parte del reino de Denia. Es como volver a su primera juventud, al reino de Denia, al Mar Mediterráneo que siempre ha estado presente en sus versos; mar humanizado de la jarcha romance que escribiera:

Ay corazón que quieres bien amar,
para llorar
¡Ojálá tuviese los ojos del mar!

Mubássir, el soberano de Mallorca no es Al-Mutámid, pero gusta de la poesía e Ibn Al-Labbana ha llegado a su madurez literaria y dedica a su nuevo mecenas bellísimos poemas. Aún es posible el placer y la belleza en Mallorca, pues de la Península lo han desterrado los almorávides.

Al menos así lo cree Ibn Al-Labbana para el que Mallorca ofrece los placeres del amor- el collar de la paloma-, los del vino y los de la belleza, el pavo real;



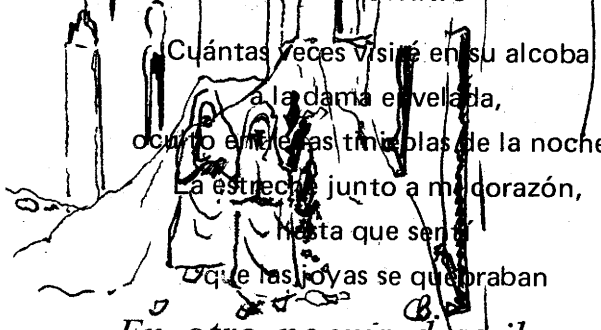
*Es un pavo real que la paloma ha prestado su collar
y al que el pavo real ha revestido con sus plumas.
Sus ríos son vino, los patios de sus casas, copas.*

Pero Ibn Al-Labbana se equivoca. Sus envidiosos le acusan de hedonista, de amar demasiado los placeres y poco la religión. El rey Mubássir le quita su apoyo. Ibn Al-Labbana se dispone a partir de nuevo. Pero la muerte se lo impide. Es el año 1114.

Ibn Al-Labbana fue un gran poeta, aunque sus contemporáneos le reprochan cierta superficialidad en sus procedimientos retóricos. Tal vez esto sea cierto. No abruma sus poemas con citas eruditas como algunos de

*sus contemporáneos. Es en cierta medida, dentro de la sofisticadísima poesía árabe, un poeta espontáneo que se deja llevar por la inspiración y no por la erudición. Y esto es, para nuestra propia visión contemporánea, más una virtud que un vicio. Cultivó la casida, el poema largo neoclásico, y el poema breve de los modernistas árabes. No olvidó tampoco el poema épico hispano-árabe, la moaxaja, con su *yarch finai* en romance que ya hemos visto. E incluso escribió, en prosa rimada, la historia de la familia Abbadí, obra que desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros.*

Ibn Al-Labbana cultivó también el poema amoroso, aunque sus elegías sevillanas han hecho olvidar este aspecto de su creación poética. Alguna de sus piezas nos la muestran como un amante apasionado.



Cuántas veces visité en su alcoba
a la dama en velada,
oculto entre las tinieblas de la noche!
La estreché junto a mi dorazón,
hasta que sentí
que las joyas se quebraban

En otro poema describe a su amada, fundida con la primavera:

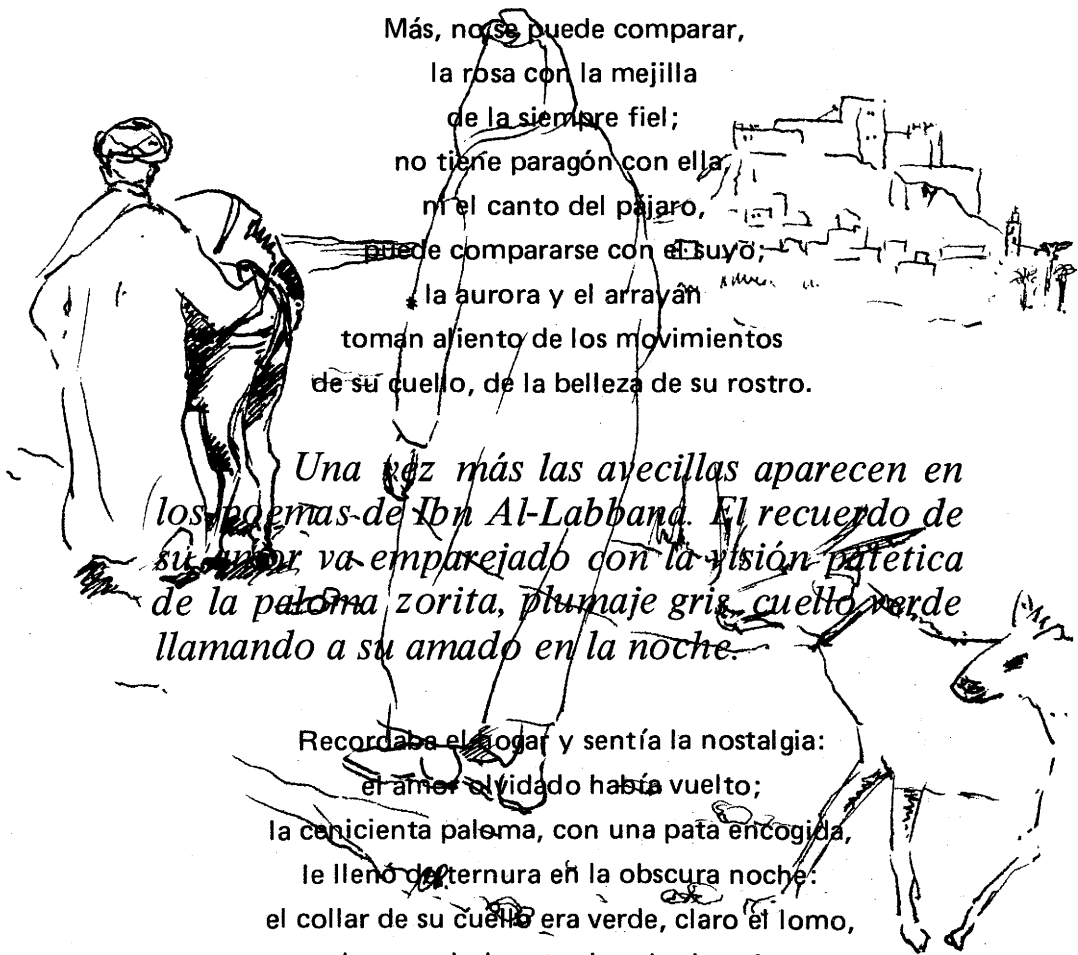
La clara primavera, su aire fino
¡Mira su tierra y su cielo!
Se puede hacer con ella,
compañera de la rosa,

vino, como agua de rosas.
Y si no quieres, porque
las rosas se marchitan,
que sea con la mejilla de la amada,
cuando la colorea el rubor.

Más, no se puede comparar,
la rosa con la mejilla
de la siempre fiel;
no tiene paragón con ella
ni el canto del pájaro,
puede compararse con el suyo;
la aurora y el arrabán
toman aliento de los movimientos
de su cuello, de la belleza de su rostro.

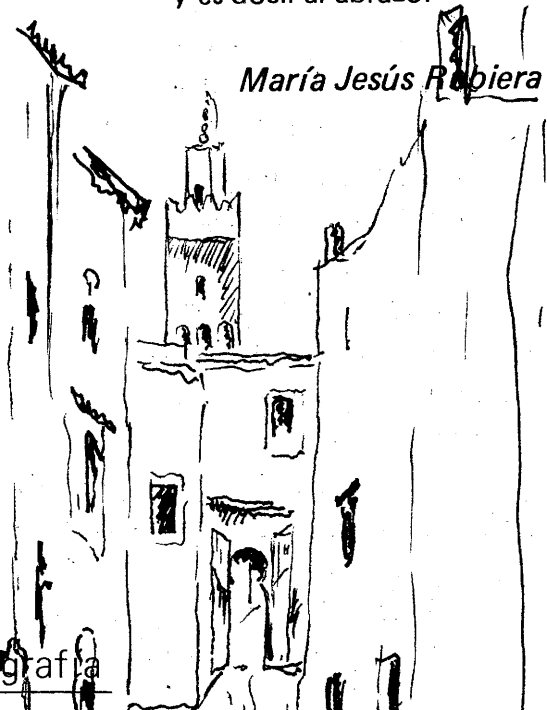
Una vez más las avecillas aparecen en los poemas de Ibn Al-Labbán. El recuerdo de su amor va emparejado con la visión patética de la paloma zorita, plumaje gris, cuello verde llamando a su amado en la noche.

Recordaba el hogar y sentía la nostalgia:
el amor olvidado había vuelto;
la conciente paloma, con una pata encogida,
le llenó de ternura en la oscura noche:
el collar de su cuello era verde, claro el lomo,
oscuro el plumos, dorados los ojos.
Permanecía en lo alto de la rama y se quejaba,
lloraba a su amado con ardor;
la rama se inclinaba con el céfiro, como el abrazo
de los amantes el día de la partida.
Qué pena, cómo nos aflige, el recordar



el abrazo a la de estrecha cintura,
a la de esbelto talle y menudo paso,
a la que lleva largos zarcillos
y es docil al abrazo!

María Jesús Robiera de Epalza.



Bibliografía

Los poemas de Ibn Al-Labbana están traducidos directamente del árabe de la obra de Ibn Bassam, Dajira, antología literaria del s. XII, editada por I. Abbas, Beirut, 1978, como VI, biografía-antología de Ibn Al-Labbana, excepto los citados expresamente como traducción de Emilio García Gómez en Poemas Arabigoandaluces, Madrid, 1959 (4ª ed).

Arabe en endecasílabos, Madrid, 1976.

Las jarchas romances, de la serie árabe en su marco, Madrid, 1965.

También hemos utilizado nuestras obras:

Al-Mu'tamid ibn Abbad, Poesías, Madrid, 1982

*El poeta Ibn Al-Labbana de Denia en Mallorca
"Boletín de la Sociedad Arqueológica "Luliana",
Mallorca, 1983, pp 503-510.*



